

es mi Madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi Padre y mi hermano». En todas estas ocasiones, que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, enseñándonos el modo cómo nos hemos de portar en otras semejantes; porque, aunque es muy meritorio el sufrir un desprecio cuando se ha merecido, lo es inmensamente más cuando, no sólo no se ha hecho por qué, sino que se merecía toda honra. ¡Oh Virgen Santísima! Con razón sois llamada nuestra Maestra, porque si el fundamento de la verdadera sabiduría es la humildad, grande sobremanera debe de ser aquélla, cuando ésta es tan excesivamente profunda; haced conmigo vuestro oficio, enseñándome á ser humilde, para que llegue con vuestro auxilio á ser verdaderamente sabio. ¡Oh alma devota! Aliéntate á sufrir los desprecios y olvido de los hombres, teniendo á la vista el ejemplo de tu Madre. ¿Cómo los has sobrellevado hasta hoy? ¿Qué debes proponer para lo sucesivo?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh, quién tuviera tal humildad que llegase á gozarse en los desprecios y deshonras, como los mundanos se alegran en sus honras y aplausos! En María hallamos esta humildad en grado supremo. No es afrentosa la pobreza entre los cristianos cuando se abraza de voluntad; pero el sufrirla por necesidad trae consigo no poca afrenta, y es origen de grandes desprecios. La pobreza de María es completamente voluntaria y espontánea, y, con todo, tiene todas las apariencias de necesaria, y, por consiguiente, la ocasiona todas las privaciones, desprecios y deshonras que la acompañan. Mas, no sólo soporta gustosa la Virgen la pobreza, sino que acepta los desprecios y afrentas que le infieren, aunque no tenga culpa, y que le vengan por las mismas obras buenas que hace, y que procedan de aquellos de quienes menos podía esperarlos. Y si le dan contestaciones secas, respuestas desabridas, desvíos humillantes, María calla, y con una humildad soberana, los recibe como perlas preciosas para engalanar con ellos su espíritu. ¿Podías hallar un dechado de humildad más perfecto que María? Después de Jesús, es indudable que nadie ha sido tan humilde como Ella, y nadie, como Ella, se ha acercado tanto á este modelo universal de todos los hombres. ¿No necesitas tú de esta virtud? ¿No deseas ser ensalzado en el cielo? Mira lo que te importa hacer. Fija en tu vista y memoria este dechado que te ofrece María, examina cómo le imitas, estudia profundamente los ejemplos portentosos y edificantes que te da, y procura que ellos sean tu regla de conducta. Para lograrlo, haz propósitos, pide gracia, y ruega por todo el mundo, particularmente por la conversión de los pecadores.

## 39.—MOTIVOS DE LA DEVOCIÓN Á NUESTRA SEÑORA.

PRELUDIO 1.º Debes ser devoto de María, por lo que Ella es en sí, por título de gratitud, y porque ésta es la voluntad de la Iglesia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús señalando á María y diciéndote: «He aquí á tu Madre».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de una tierna devoción á María.

**Punto 1.º Primera razón de amar á María: lo quiere Dios.**—Considera las varias y eficaces razones que deben despertar tu devoción á María. La primera es, porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que tú la ames sobre todas las puras criaturas, conformando tu amor con el de Dios, y amando más á la que por su santidad merece ser más amada. De donde has de sacar varios afectos de gozo espiritual y complacencia en los bienes de la Virgen, gozándote de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de Él; gozándote, además, de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen te alcance parte de ellas, para que también seas amado de Dios y halles gracia en su presencia. La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres<sup>1</sup>: «Lo que hicieris por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hacéis», ¿cuánto más dirá: Lo que hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis? La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á su madre, y más tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole aquella palabra que le dijo en la cruz<sup>2</sup>: «Ves ahí á tu Madre», luego la tomó por suya y la amó con especial amor; también tú debes tomarla por tuya, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre. ¡Oh Madre amantísima! Encended en mi corazón un vivísimo afecto á vuestra maternal bondad. Triste de mí, que he dejado de amaros la mayor parte de mi vida; en adelante quiero suplir con mayor fervor y afecto el abandono que he tenido; ayudadme para ello, supliendo con vuestra fortaleza mi debilidad, con vuestro amor mi tibieza y con vuestra gracia mi extremada flaqueza.

<sup>1</sup> Matth., xxv, 40. — <sup>2</sup> Joan., xix, 27.

**Punto 2.º** Segunda razón de amar á María: la gratitud.

—Considera la obligación que tienes de amar á María, por los buenos oficios que hace continuamente por todos en el cielo. Porque, lo primero, ora continuamente por nosotros mucho mejor que Jeremías<sup>1</sup> oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo. Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino que, antes que ellos la pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galilea<sup>2</sup> pidió vino para los convidados, movida sólo de su compasión; y, como dijo san Agustín, como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos. Lo tercero, es en gran manera poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice san Anselmo que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen, que invocando el nombre de su Hijo, no porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene su misericordia, dilatando el oírnos por nuestros pecados; lo que no sucede en María, que sólo es Madre. De lo cual deduce el santo que la devoción cordial con la Virgen es señal de predestinación, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos todos los medios de su predestinación, hasta que alcanzan su fin y los lleva á la gloria. Además, los remedia en todos los peligros y necesidades, con tal certeza y seguridad, que dijo san Bernardo: «Virgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad». ¡Oh Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo! Con todo mi corazón deseo amaros y servirlos como á madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob donde moráis; echad raíces en mi corazón para que cumpla mi deseo, ocupándome con grande solicitud en vuestro servicio. ¡Oh alma mía! Ingrata serías si no amases á esta Madre generosísima y benéfica. ¿En qué debes manifestar tu amor á Ella?

**Punto 3.º** Tercera razón de amar á María: lo quiere la Iglesia. — Considera la devoción á María que el Espíritu Santo ha inspirado á la Iglesia, y que ésta desea infundir en todos sus hijos. Muéstrala primeramente en adorarla y venerarla con una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que la que se da á los demás santos, y por excelencia se llama hiperdulia; y en razón de esto, la atribuye algunos renombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en Ella. Y así,

<sup>1</sup> II Macab., xv, 14. — <sup>2</sup> Joan., II, 3

vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo y pídelo lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas de los culpados, dar lumbre á los ciegos y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesús, fruto bendito de su vientre. Muestra también su devoción á María la santa Iglesia en que dedica templos muchos y muy suntuosos á honra suya, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlos; confirmando todo esto el Señor con grandes milagros que hace por su respeto; y para este fin instituye congregaciones y religiones consagradas á su servicio, haciéndolas grandes favores, así en general como en especial, sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirva halla favor en sus ojos. Muestra, finalmente, esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á Ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos ó tres, y cada semana dedica el sábado en honra suya con particular Oficio y Misa; y para cada día ha ordenado Oficio propio de esta Señora con indulgencias al que lo rezare; con sonido de campana avisa tres veces al día á sus hijos á que la saluden, y recomienda el santo Rosario y otras muy devotas oraciones en su honor. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto deseáis que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita. ¿No nos moverá á ser devotos de María el ejemplo y el deseo de nuestra madre la Iglesia? ¿Cómo debemos portarnos para corresponder á sus designios?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh María! Quien no os ama, ó es un insensato, ó es un monstruo de ingratitud, ó un mal hijo de la santa Iglesia. Dios mismo mira con predilección á esta Señora, la distingue en su amor sobre todas las criaturas, la ha enriquecido de todos los dones que puede poseer una pura criatura, agotando en cierto modo sus infinitos atributos para engrandecerla. ¿Será posible que no la amemos? Es la Madre del Redentor, muy semejante á Él; por su medio quiere conceder sus gracias, y es nuestra Madre cariñosa, que nos ama con amor incomprendible. ¿No la amaremos? ¿Qué ingratitud sería esta! María piensa continuamente en nosotros, ora por nosotros, extiende su manto sobre nosotros, nos libra de los peligros y males que nos rodean; por Ella alcanzamos la gracia y la felicidad eterna. ¡Qué locura é ingratitud cometeríamos si nos olvidásemos de su devoción! ¡Ah! La santa Iglesia conoce todo esto, y por esta causa nada procura con tanto empeño como hacer de todos sus hijos, fervientes devotos de María. Hónrala con culto especial; en su honor instituye fiestas, establece congregaciones, aprueba prácticas devotas; continuamente nos recuerda que pensemos en María; y ¿no lo haremos? ¿No despertará esto nuestra devoción

á esta tierna Madre? ¿Cuál ha sido nuestro comportamiento hasta hoy? ¿Cuándo y de qué manera podemos y debemos obsequiarla? ¡Ah! ¡Somos activos y diligentes para honrar á una vil criatura de la cual apenas podemos esperar cosa alguna, y somos al propio tiempo flojos y remisos para honrar á María, que es la canal de todas las gracias! Reflexionemos bien acerca de esto, y con propósitos, ruegos y ardientes suspiros, esforcémonos en reformarnos, y no olvidemos las demás necesidades.

#### 40.—EXCELENCIA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Representate á tu dulce Madre, mostrándote su Corazón, y alargándote la mano, diciendo: «Dame, hijo mío, tu corazón».

PRELUDIO 2.º Pide conocimiento de las excelencias del Corazón de María, y una tierna devoción para con él.

**Punto 1.º** *El Corazón de María considerado en sí mismo.*—Considera la soberana excelencia que en sí mismo encierra el Corazón de María. Entre las puras criaturas no hay una sola que le iguale. Este Corazón es la parte más noble que hay en el cuerpo de la Madre de Dios, cuerpo santísimo y nobilísimo, puesto que, participando de la dignidad de la persona á quien pertenece, llega por esto á una dignidad casi infinita. De este Corazón admirable procede la vida de la misma Madre de Dios, esto es, la más noble, bella y divina de todas las vidas después de la de Jesucristo. En él se ha elaborado aquella sangre preciosísima, con que se formó el cuerpo y el Corazón de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios. Él es el más noble órgano del alma más grande y santa que jamás ha existido, después del alma de Jesucristo. En este Corazón, como en un horno divino, se han encendido los sensibles afectos de la Santísima Virgen, y singularmente su amor, del cual un solo acto es más agradable á Dios que cuanto procede de todas las demás criaturas. Este Corazón, en fin, es el santuario del Espíritu Santo, santificado de un modo extraordinario por las operaciones del divino Espíritu y por la infusión de sus más excelentes gracias y dones. De todo lo cual se sigue que el Corazón de María es el más semejante al Corazón de Jesús. Porque se le asemeja en las perfecciones que le adornan, en las virtudes que posee, en los títulos y cualidades que le ennoblecen, en los privilegios que le han sido concedidos, en las riquezas, poder y gloria que le enriquecen, y aun en los honores que la santa Iglesia le tributa. Ponderando todo esto, has de admirarte grandemente de la frialdad con que honras y obsequias á un Corazón tan excelente y que tantos títulos reúne, que le hacen inmensamente digno de todo honor. ¡Oh Corazón admirable, trono de Dios, sol de la tierra y riqueza del mundo! Preciso es no conoceros para no sentirse abrasado en

vuestro amor, y presa de vuestra hermosura. Grandes cosas ha hecho en Vos el que es omnipotente y su nombre santo; en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia os aventajáis á todas las criaturas, y sólo el Corazón de Jesús os supera, y aun tan de cerca le seguís, que casi llegáis á participar de lleno la plenitud de sus perfecciones. ¡Oh alma mía! Contempla admirada la excelencia del Corazón de tu Madre. ¿No le honrarás? ¿No te esforzarás en hacerte digno del privilegio que te ha hecho escogiéndote por hijo suyo?

**Punto 2.º** *El Corazón de María con relación á nosotros.*—Considera lo que es el Corazón de María mirado con relación á los hombres, á quienes se propone como fin de su devoción. Él es el objeto más amable, más tierno y afectuoso que puede imaginarse. Es el Corazón de aquella divina Señora, cuyo imperio se extiende sobre todas las criaturas, y á cuyo mandato se someten los cielos, la tierra y el mismo infierno. Es el Corazón de la Madre más amante de sus hijos, por los cuales se ha sometido gustosa á las más dolorosas penas, y de quienes nunca se olvida, aunque sea Ella olvidada y ofendida. Es el Corazón de nuestra Abogada poderosa é interesada vivamente por nuestro bien, y de la que es nuestro consuelo y refugio. Este preciosísimo Corazón es el manantial inagotable y la fuente perenne de la caridad, de la compasión, de la misericordia, de la ternura que nos tiene la Santísima Virgen. Es también el centro de los inmensos dolores que padeció esta divina Madre por la redención y salvación de los hombres. Y, finalmente, Él es el modelo con que debemos formar nuestros corazones, modelo de humildad la más profunda, de pureza la más angélica, de dulzura la más suave, de caridad la más tierna, de amor el más afectuoso, y de todas las demás virtudes. Pondera cómo en este Corazón vienen á reunirse todas las virtudes, gracias y prerrogativas que hacen á María amable á los hombres. De este Corazón, como de su fuente, nace la compasión que la mueve á consolar á los afligidos, dar salud á los enfermos, auxilio á sus devotos y alegría á los tristes. Por lo cual en este Corazón deben terminar los honores que á María tributan los cristianos. ¡Oh Corazón amantísimo! Quien no os ama, ó no tiene corazón, ó está privado de la fe, ó no sabe reflexionar acerca de vuestra sublime amabilidad. ¿Qué falta en Vos de lo que puede interesar nuestro amor? Vuestras grandezas y hermosura son inefables; vuestra ternura y caridad indecibles; vuestra virtud y poder soberanos. Por tales atributos os pido, Señora, sentimientos afectuosos de hijo para con Vos, y vivos deseos de amaros y serviros como á mi dulce Madre. ¡Oh alma mía! ¿Comprendes cuán acreedor á tu amor es el Corazón de María? ¿En qué cosas has de probar que le amas?

**Punto 3.º** *Motivos de devoción al Corazón de María.*—Considera aquí los poderosos y eficaces motivos que deben des-

pertar y fomentar tu devoción al Inmaculado Corazón de María. La ilustre devota de este adorable Corazón, santa Matilde, se encendía en deseos de honrarle, principalmente con la consideración de los siete motivos siguientes: 1.º El Corazón de María deseó ardientemente la venida de Jesucristo, y estos deseos y súplicas aceleraron el tiempo de la redención del género humano. 2.º Este Corazón era un volcán de caridad para con Dios y para con su prójimo, como que era aquella misteriosa celda en la que, introduciéndose el Señor, había ordenado en ella el amor. 3.º De aquí se sigue la otra causa del amor y devoción, que fué el tierno cariño que profesó al Hijo de Dios, amándole como á su Hijo, su Dios, su Bienhechor y su todo. 4.º En este Corazón sagrado conservaba cuidadosamente María las palabras de Jesucristo, y las meditaba y las confería consigo misma, rumiándolas con detenimiento para sacar de ellas abundantes frutos. 5.º En su Corazón María sufrió los tormentos que Jesús, su divino Hijo, padeció en su sagrado cuerpo, cooperando con ellos á la redención del linaje humano. 6.º Los buenos oficios y saludables esfuerzos que este adorable Corazón está haciendo en favor de la Iglesia, la han poblado de santos, la han adornado de virtudes y han obtenido innumerables conversiones de endurecidos pecadores. 7.º Últimamente: este Corazón está de continuo delante del trono de Dios, trabajando para hacernos propicia y favorable á la Santísima Trinidad. Por manera que la gratitud, el interés, la justicia, todo nos está predicando el amor al Corazón de María. ¡Oh Corazón sacratísimo! ¡Quién tuviera el corazón de un ángel ó de un serafín para amaros cual merecéis! Mas, ¿qué digo cual merecéis? Aunque tuviera yo todos los corazones de los espíritus angélicos, y aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas para alabaros, ni podría amaros del modo que merece vuestro amor, ni alabaros de un modo proporcionado á vuestra grandeza. Permitidme, Corazón tierno, que os diga con un ardiente devoto vuestro: Jamás descansaré hasta que logre amaros con ternura. ¡Oh alma mía! ¿Practicas la devoción al Corazón de María? ¿Cuándo y cómo la has de ejercitar?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán digno de todo honor, alabanza, amor y devoción es el tierno é inmaculado Corazón de María! Considerado en sí mismo, es la parte más noble del cuerpo sacrosanto de esta divina Señora, el principio de su vida. De él salió la preciosa sangre de que fué formado el mismo Corazón de Jesús, y en él, como en rico laboratorio, se ordenaron los afectos más tiernos y piadosos que Dios ha recibido de la humanidad. Este Corazón, con relación al hombre, es el Corazón de la más compasiva Reina, de la más tierna Madre, de la más poderosa Abogada. Él es el conducto por donde se comunican á los hombres las gracias del cielo: es el dechado más perfecto que podemos poner delante de nuestros ojos, si deseamos asemejarnos á

Jesús. ¿Es posible que no honremos y veneremos con tierno afecto á tan rico, hermoso y perfecto Corazón? ¡Qué ingratitud tan monstruosa sería la nuestra! Los encendidos deseos de este Corazón aceleraron nuestro rescate; su caridad ardiente para con Dios suple nuestra criminal tibieza; sus acerbos dolores nos merecieron el perdón de nuestras culpas; sus buenos oficios maternales llenan de gozo y enriquecen de santos á la Iglesia, y su mediación poderosa inclina en favor nuestro á la misma beatísima Trinidad. Y ¿no amaremos á este Corazón? ¿No procuraremos serle devotos? ¿No trataremos de honrarle? ¿Qué exige de nosotros? ¿Qué le debemos como hombres, como cristianos, como religiosos, como hijos suyos predilectos? Meditémoslo detenidamente, y formemos propósitos eficaces; y hoy<sup>1</sup> que el Señor nos abre los tesoros de este divino Tabernáculo, roguemos fervorosos por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y por todas las demás necesidades.

<sup>1</sup> Se supone que esta meditación se hace en el día de la fiesta del Inmaculado Corazón de María, que en unas diócesis se celebra el domingo siguiente á la octava del Corpus Christi, ó sea el tercero después de Pentecostés, y en otras el domingo inmediato á la octava de la Asunción de Nuestra Señora.

Los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 1.º de Diciembre de 1885, gozan el privilegio de celebrar esta fiesta, sea cual fuere la diócesis en que residan, en la dominica siguiente á la octava de la Asunción.